

SAN FRANCISCO DE ASÍS

¿Quién es este hombre?

El encanto de Francisco reside, sin duda, en que su estilo y talante de vida ofrecen una ternura y una libertad que para la mayor parte de los hombres constituye un "paraíso", al que jamás se tiene acceso, o al que se da por perdido merced a la dureza de la vida o a nuestra insensatez y banalidad humanas. De sus breves, ingenuas y cortas palabras escritas es tal la frescura que mana, que son como una clara corriente de agua que lava el corazón y la vida, hasta llegar a amarla y llegar a creer en la bondad soterrada y pura de los hombres.

Y del cortejo de admiradores forman parte católicos y protestantes, agnósticos y racionalistas, panteístas y poetas, estudiosos y gentes de poco espíritu religioso. En él se descubre la integración de todos los eslabones dispersos, reconciliando la ternura y la suavidad, el humor y la cortesía, el encanto y el coraje, la delicadeza y la decisión. No fue mediocre ni mezquino, como lo somos la mayoría de los hombres. No fue servil, como tantos que viven de la adulación y de la farsa.

Francisco amó también el dinero, lo repartía a manos llenas en fiestas mundanas, que pasan y dejan cansancio en el alma. Llegó a despojarse del dinero y a no quererlo. Sintió vergüenza de los mendigos y empobrecidos, y les dio su propio vestido. No supo especular ni organizar, pero él sí tuvo buen sentido y penetración del corazón humano. Amó, tuvo afecto y acogió a los leprosos; buscó y acogió a los bandidos y salteadores de caminos, arrieros y posadas; tuvo ternura e indulgencia con los perdidos y equivocados de la tierra. No quiso juzgar, pero sí asumir sus propias debilidades y pecados.

El respeto y la alegría, la caballerosidad y cortesía fueron aire permanente en su persona. Tomó conciencia de la ruindad del corazón humano, pero decidió creer en lo más noble que se halla en cada hombre, estimándolo hasta su rehabilitación. Supo del mal, de sus líos, oscuridades y entramados ocultos; se dio cuenta del "pecado del mundo", pero renunció a gastar el tiempo en lamentarse. Dedicó sus días a promover el reino del bien, de la confianza y el perdón, del amor y de la pacificación en el amor, la paciencia y el respeto benévolo. Renunció a la ambición, al agobio de poseer y acumular, y al afán de sobresalir. Así llegó a ser libre de la insatisfacción, del rencor y del resentimiento.

La jovialidad de Francisco contagiaba, y sigue contagiando, a quienes se le aproximan: su austeridad fue sin tristeza, su fe religiosa fue sin amargura, ni agresividad, ni intolerancia, ni tajante dureza. Fue casto y vivió en castidad, sin condenar jamás los afectos puros ni el amor transparente, respetuoso y fiel. Fue cristalino y claro en grado sumo. Vivió entregado al Espíritu que le hablaba en el corazón, sin querer jamás someter a nadie a esta voz. Francisco no porfiaba ni discutía, sino que proclamaba la paz en un tiempo de enfrentamientos feroces, de inquisición, de conflictos y cruzadas.

Y fue poeta, bebiendo sin cesar las aguas que sacian e inspiran la admiración y el respeto fraterno y amoroso por los hombres, los animales y las cosas. Cantaba, dramatizaba y escenificaba como los juglares y trovadores, él, "juglar de Dios". Amaba la música y componía poemas y salmos en la más pura tradición bíblica y cristiana. En todo lo que él compuso y cantó puso su toque, su matiz, su personalidad de poeta y cristiano.

Mérito suyo es el haber dado voz a los seres de la creación, mudos por tanto tiempo. Sus ojos se posaban, con la mirada limpia, como la del primer hombre en la mañana nueva del mundo, en la naturaleza. En ella volvió a encontrar las huellas de la ternura y de la belleza primeras, todavía no pisadas, no humilladas ni maltratadas. Francisco amé las flores, las plantas, los animales, el sol y el agua ... El incitaba a todos los seres a unírseles en la alabanza al Creador, formando así un coro ancho y extendido, que invadiese la tierra y traspasase el aire. Todos los elementos comulgaron con este hermano que fue Francisco, despojándose así para con él de su natural reserva y recelo: no le hará daño el hermano fuego, vivirá manso el hermano lobo, las hermanas alondras escucharán la voz de quien les habla ...

Francisco no es sólo el fundador de los franciscanos, ni un santo del cristianismo, ni un personaje histórico del Medioevo que llena de ternura, de atractivo y admiración a los hombres de cualquier tiempo. Francisco es, ante todo, un "hombre bueno", al que la fe en el Evangelio de Jesús sacó de sus pecados, equivocaciones y sinsentidos, hizo feliz y contagió por ello gozosa mente a sus hermanos. Francisco es un hombre de tan gran corazón y amor desconcertante, que él es un fiel testigo de Jesús de Nazaret, en quien creyó y al que siguió locamente, de manera humilde y limpia.

Las aventuras de este "cristiano pobre" fueron vividas y expresadas por él lisa y llanamente, sin asperezas, sin arrogancias, sin recovecos, sin falseamientos ni complicaciones, con "palabra breve" -que diría él-, de manera que todos pudiesen entender las pocas verdades necesarias para la vida y la andadura humanas.

La personalidad de Francisco no pertenece a esta época o a la otra, ni se la puede circunscribir a tal lugar o encerrar dentro de tal escuela. El mismo confiesa ser un iletrado, atestiguando no haber tenido otro maestro que el Altísimo Dios. Poco pero suficiente fue lo que él aprendió: algunas canciones populares, los textos litúrgicos, el catecismo y el Evangelio. Este fue su bagaje cultural en este mundo.

Francisco no se afilió a sistema alguno ni pretendió crear algo nuevo. Por eso que lo que él vivió, intuyó y dejó sea de todos los tiempos. Su herencia no ha sufrido menoscabo. Está ahí, como don y llamada, invitación y propuesta, aventura y hoguera luminosa, abierta a jóvenes y adultos, al hombre corriente y al complicado. De sus signos y gestos pueden beber todos y compartir con él la paz del corazón, del tiempo y de la vida. Su tesoro fue el Evangelio. El da la mano, señala el camino, avanza delante de nosotros y así nos sea posible el gozo de también dar con él, acogerlo, venderlo todo y dejarlo a cambio suyo.

Ya en vida hubo gente que lo amó. Y la hay que lo siguen amando después de muerto. No les será simpático Francisco a los sectarios, a todos quienes creen que todo se resuelve a golpe de cincel, de coacción o miedo. Tampoco los autoritarios se sienten a gusto ante Francisco en la medida en que se resisten a creer que el sermón del monte pueda librar al hombre de las cadenas que lo tienen cautivo.

Francisco fascina a los sencillos, a los respetuosos y admiradores del misterio, de la belleza y de los hombres: tantos buscadores de caminos, tantos cansados e inquietos, tantos creadores y desesperados han dado, llevados de su mano, con el Evangelio.

Martín Lutero, padre de la Reforma, lo llamó "hombre admirable y de espíritu ardentísimo".

Voltaire lo despreció, y Ernest Renan escribió de él: "Después de Jesús, nadie ha tenido conciencia tan limpia como Francisco, sencillez tan absoluta, sentimiento tan vivo de su relación filial con el Padre celestial ... Después de Jesús, Francisco ha sido el único cristiano perfecto ... Después del cristianismo, la mayor obra popular que registra la historia es el movimiento franciscano".

Francisco es un cristiano, que amó con toda el alma a Jesús, testigo de Dios y camino hacia El. Francisco es un cristiano que vivió el Evangelio con sencillez, a la letra, sin glosa, sin reducirlo, acallararlo o falsearlo. Los cómodos y fáciles se sentirán incómodos y delatados ante este cristianismo. Francisco predica con tanta seducción y, a la vez, convicción la pobreza y la humildad que quienes tienen su corazón corriendo tras las riquezas y la gloria le sentirán siempre como un peligro manifiesto.

Quienes se aproximan a él con corazón limpio lo descubren maravillosamente humano, tan alto y puro y, al mismo tiempo, tan transparentemente familiar y cercano, que en él reconocerán lo mejor de ellos mismos: los anhelos y sueños, la esperanza y utopía que no se supo vivir, ni encontrar ni empezar a realizar, al precio de vender tantas cosas por comprarla.

Más que otra cosa, Francisco es un espíritu y un talante, una forma de vivir y un modo de ser. Esta es su oferta y su palabra, su invitación y alternativa: ponerse de camino, despiertos y animados por Dios y su Evangelio.

VICTORIANO CASAS